

UNAM: las reglas de oro



ILUSTRACIÓN: ARTURO RUELAS

Quien ocupe la rectoría de la UNAM debe conocer y respetar las reglas. En resumen, dice el autor, que del Estado hay que exigir reconocimiento y guardar las distancias; y que la universidad es de todos. **TEXTO: SERGIO ZERMEÑO**

A 78 años de recibir nuestra autonomía y al elegir a nuestro rector número 40, los universitarios sabemos que este es un momento para recordar las reglas de oro que norman el funcionamiento de esta compleja institución: primero, el haberse mantenido siempre como conciencia crítica y en el extremo contrapunto del Estado y, segundo, el no excluir ni despreciar a ninguno de los actores que trajinan en su escena, en donde los intereses del Estado son también un actor. En resumen: que del Estado hay que exigir reconocimiento y guardar las distancias; y que la universidad es de todos.

En efecto, porque México surgió al siglo XX con la poderosa solera del Estado de masas, resultante de la lucha armada, la Universidad se convirtió en el refugio de la sociedad civil. Frente al nacionalismo populista de Cárdenas, se proclama liberal, y el Estado, a regañadientes y con amenazas, aprende a respetarla y prefiere fundar su Politécnico.

En México, a diferencia de América Latina, el movimiento autonomista no acompañó el ascenso anti-oligárquico sino que se convirtió en defensor de una sociedad titubeante frente a un régimen triunfal y omnipotente.

Pasada la luna de miel entre los dos colosos durante los años cuarenta y cincuenta y puesto a la distancia el regalo fastuoso que el alemanismo le entregó a las clases medias con la construcción de la Ciudad Universitaria, Díaz Ordaz recela de la cultura, corre a Arnaldo Orfila del Fondo de Cultura Económica, provoca la caída del rector Ignacio Chávez en medio de vejaciones y le recorta el presupuesto a la educación superior. La Junta de Gobierno, en lugar de someterse, nombra al rector Barros Sierra, un caballero cruzado que defenderá la autonomía, dejando en ello su vida y provocando la muerte moral e histórica de aquel Presidente y de varios pilares del Estado revolucionario.

En los años setenta viviremos un embate excluyente, una afrenta

contra la segunda regla de oro de la institución (la primera la escenificó Lombardo Toledano 40 años antes, cuando pretendió que la enseñanza en la universidad debería ser socialista, y la practicaron también los estudiantes católicos, encabezados por Gómez Morín y Brito Foucher, al expulsar a Lombardo del campus). Pero ya en nuestros tiempos, la efervescencia radical con que las universidades surgen del trauma de Tlatelolco, hizo creer a los académicos más jóvenes que una alianza con los estudiantes y con los trabajadores de sus casas de estudio (y a través de ellos con la clase obrera), les permitiría controlar a esas instituciones volviéndolas unas máquinas al servicio de las clases desposeídas y explotadas. La reacción no se hizo esperar, el resto de los académicos pactó una alianza gremial impidiendo que profesores y administrativos se fundieran en un solo sindicato. Enfriar a la universidad y restablecer los pesos y equilibrios fue la tarea del soberonato (aunque al hacerlo casi mata a la sociología).

En la era global

Con Jorge Carpizo se rompen una a una las dos reglas de oro de la institución. Su manifiesto "Fortaleza y debilidad de la UNAM", fue leído como una clara sumisión de la universidad al neoliberalismo triunfante conducido por el Estado: la UNAM debe ser una institución eficaz, estandarizando prácticas y programas de estudio con



los requerimientos de la era global, coadyuvando con la elevación de sus cuotas a aliviar el déficit fiscal del Estado y abriendo el acceso a la institución de los más lúcidos bachilleres (los de mejor capital social), decretando el fin del pase automático de los preparatorianos de la UNAM al ciclo de licenciatura.

El Consejo Estudiantil Universitario convirtió todo aquello en el grito de los excluidos. Los rectoristas argumentaban que la elevación de las cuotas era mínima y que la institución

debía estar abierta a los más capaces, porque de ello dependía su superación; los ceuistas respondían que una vez alterada la gratuidad (fundamento de la regla que establece que la universidad es de todos), ¿quién vigilaría, disipada la protesta, que las alzas no se volvieran desmesuradas? Las comisiones del CEU y de la Rectoría (desde entonces José Narro se convirtió en el gran mediador de los universitarios), en diálogos públicos difundidos por Radio UNAM, lograron apaciguar la tormenta: las cuotas y el pase automático

no se alteraron y el congreso del noventa no logró ninguna reforma.

En el último decenio del siglo, la urgencia por adecuar a la universidad a los nuevos tiempos se revistió con un planteamiento más eficaz que va a colocar al grupo de los científicos en el centro del poder universitario (habría que decir mejor los “neo-científicos”, porque una ideología así, del progreso sin fin basado en la ciencia y la técnica, ya la había vivido nuestro país durante el porfiriato). En efecto, la batalla por eficientar a la institución no se centró tanto en la reforma de planes y técnicas educativas, el alza de cuotas y la apertura a jóvenes con mejor capital intelectual. Ahora la espina dorsal del argumento machacaba, con verdadera angustia, en que para que nuestras universidades y nuestros espacios de producción científica alcancen una racionalidad acorde con la era de la globalización, debemos acoplarnos sin dilación a los ritmos impuestos por la “tercera revolución científico-técnica”. En esa vorágine poco sentido tienen las universidades públicas, abiertas a una demanda más amplia de jóvenes y, por lógica, con moderados presupuestos per cápita; no tiene sentido, en un mundo de exigencias profesionales cada vez más elevadas, mantener a esas instituciones públicas incluyentistas al lado de universidades privadas que acaparan un mercado del empleo que se estrecha y cuyos estándares se vuelven cada vez más exigentes.

Las reglas rotas

Así transitamos por los años noventa, con José Sarukhán al frente de la UNAM, mucho más retratado en Los Pinos que en la rectoría, encabezando al grupo de los científicos compuesto en su núcleo duro por los institutos de investigaciones físicas, biomédicas, biológicas, biotecnológicas, geofísicas, químicas, matemáticas, nucleares..., que se constituyeron en una coalición demasiado poderosa. En la sucesión de 1997 su pretensión fue demasiado lejos atentando contra las reglas de oro de la institución: vetaron a algunos candidatos a la rectoría con el argumento de que eran malos

negociadores y con ello lastimaron la independencia de la Junta de Gobierno. Esa misma noche Sarukhán y Barón (el menos negociador en la historia de la UNAM), celebraban eufóricos su triunfo, fundidos en un abrazo, recordándole a la comunidad en dónde radicaba el poder.

El nuevo rector volvió a romper las reglas por partida doble. Dejó pasar la trigésima conmemoración de Tlatelolco para intentar lo que sus dos predecesores no habían conseguido: logró que el Consejo Universitario derogara el pase automático, aprobara el alza de cuotas (prometiéndole unas becas-préstamo), y sometiera el desempeño de la institución y su acceso a los fondos públicos a un único centro nacional de evaluación externo a la UNAM: un acto temerario que hizo estallar a la Universidad en la huelga de cerca de un año que es aún recurrente en las pesadillas de los universitarios.

El doctor De la Fuente arrancó su rectorado con el nuevo milenio, con un plebiscito y con dos ideas que le dieron resultado: primero, que había que ampliar la matrícula de la educación superior para elevar cuanto antes el ridículo umbral de 15 jóvenes de cada 100 en edad de asistir a ese nivel educativo (lo que lo condujo a fuertes reclamos hacia los dos regímenes panistas y a tener que apoyarse en el Congreso para aumentar significativamente el presupuesto con que inició su rectorado); segundo, que había que apoyar decididamente a la universidad de excelencia, científica y técnica, en la era de la globalización, porque de eso depende en mucho la legitimidad de una institución como la nuestra, pero que al lado de eso había que atender también el reclamo de todos aquellos universitarios que consideran que no hay que apostar todo a esa excelencia y a esas fronteras del saber y de la técnica, sino que hay que atender, también, al otro inmenso terreno al que cualquier universidad debe estar ligada y que rebasa con mucho la estrecha visión de la empresa y el juego del mercado: las necesidades de mejoramiento o de simple reconstrucción del

entorno urbano, del medio ambiente, del ahorro de agua y su tratamiento, de la salud física y psicológica, del diseño y la organización territorial, local y regional, atender la inseguridad y la violencia, particularmente en un país en descomposición y desmantelamiento acelerados como es el nuestro a partir del brutal impacto globalizador.

El futuro

Ningún rectorado puede perder de vista esta complejidad porque, al lado de lo anterior, estas instituciones no pueden descuidar la investigación básica, el estudio de la astronomía, la filosofía, las matemáticas, las letras y la difusión de todo lo que se hace en estos campos. Pero ahí no termina el asunto, porque la universidad es también, y debe seguir siendo, el espacio de socialización en donde se crean los grandes mitos unificadores que se convierten en la plataforma de la cohesión social y que permiten la gobernabilidad, es decir, que al lado de la universidad de excelencia y de la universidad social, está la universidad Nacional, espacio de concurrencia y de reconocimiento entre el pueblo y las elites, y están, en fin, tantas otras universidades que es necesario respetar en el interior de la UNAM.

Con el paso del tiempo y de los conflictos hemos aprendido los universitarios a conocer nuestras reglas y a respetarlas y muestra de ello es la administración de Juan Ramón de la Fuente que hoy se despide. Es importante que esto continúe, que quien ocupe la rectoría a partir de ahora tenga toda la experiencia, que conozca, respete y haya hecho respetar las reglas de oro de los universitarios de la UNAM. •

SERGIO ZERMEÑO

Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

Ha publicado, entre otros libros:

México, una democracia utópica, el movimiento estudiantil de 1968 (Siglo XXI Editores) y *La desmodernidad mexicana* (Océano).